

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO
DE
UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS,

POR

D. Eusebio Planas.

Entregas 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39 y 40.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, núm. 14.

1872.

Cuaderno sexto de ocho entregas.

L47
2222

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS—MADRID.

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE.

NOVELA DE COSTUMBRES

DE

ENRIQUE PEREZ ESCOBAR.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS A PARTIR Y BORDADAS

DE

D. Reseño Plaza.

Botones 38, 37, 36, 35, 34, 33, 32, 31 y 40.

MADRID.

JOSE ASTOR Y COMPAÑIA EDITORES

Calle de las Infantas, núm. 14.

1888.

Cuaderno sexto de ocho entregas.

—Tambien tú...

—Sí, yo tambien visto el traje del dolor y de la tristeza, yo tambien, como tú, he tenido una gran pérdida.

—¡Tu madre!

—No, mi padre.

—¡Ah, querido Julio! ¿quién es capaz de reemplazar para los hijos el cariño de los padres! Pero tú al menos, si mal no recuerdo, tienes una hermana.

—¡Oh! sí, una hermana y una madre, que son las mejores del mundo.

—Gran dicha es la tuya; yo he quedado huérfano, solo y abandonado en la tierra.

—¡Pobre Daniel! ¿Y has venido á Madrid á buscar fortuna?

—Vengo á cumplir las últimas disposiciones de mi madre.

—Ese es un deber sagrado.

—Que hoy mismo espero desempeñar.

—Antes de continuar nuestra conversacion, permítete que te dirija una pregunta: ¿has almorzado?

—Sí.

—¿Dónde vives?

—En mi antigua casa de huéspedes, calle Ancha de San Bernardo. ¿Y tú habitas aun tu bonita casa de la plazuela de Matute?

—¡Ah, querido Daniel! desde el tiempo en que los dos éramos estudiantes y cursábamos en la Universidad central el segundo año de leyes, hasta hoy dia de la fecha, han sucedido á mi familia muchas desgracias, nues-

tro lujo se disipó como el humo, la pobreza nos elevó á un modesto sotabanco, y hoy, gracias á la proteccion de un ángel, me hallo colocado en el ministerio de la Gobernacion con catorce mil reales de sueldo, y comenzamos, como suele decirse, á respirar. Te ofrezco, pues, mi nueva casa, calle de la Magdalena, número... cuarto segundo. Es un nido modesto, en donde se disfruta un poco de sol y un poco de aire, en donde nuestros corazones laten alegres despues de haber gemido tristes en el seno de la miseria y del dolor.

Y Julio, haciendo un cambio brusco en su entonacion, añadió:

—Pero soy un egoista insoportable, solo hablo de mis asuntos, como si los tuyos me fueran indiferentes; ven, entremos á tomar café, pues quiero que me cuentes todos tus planes, todos tus pensamientos.

Y Julio, cogiendo del brazo á Daniel, le hizo subir al *café de la Perla*, delante de cuya puerta habia tenido lugar el anterior diálogo.

Posesionados los dos amigos de una mesa de las mas próximas al balcon, pidieron café y continuaron hablando del modo siguiente:

—Nosotros, querido Daniel, hemos sido siempre buenos amigos, nuestros genios concuerdan, y ese flúido misterioso de las simpatías une nuestros corazones, tengo, pues, derecho á que no me ocultes tu verdadera situacion.

—¡Ocultártela! Nada de eso, por que mi situacion se reduce á muy pocas palabras: soy pobre y huérfano, mi madre al morir me ha dejado por única herencia una

pequeña huerta y una vieja casa, cuyo producto es tan escaso, que no basta para mantener á una pobre familia de labradores.

—Sin embargo, puedes decir que eres propietario.

—Sí, soy un propietario que corre gran peligro de morirse de hambre.

—Pero, en el supuesto que no posees ninguna renta, ¿qué planes son los tuyos para vivir en Madrid?

—Esa es la segunda parte y la mas eventual de mi vida.

Y Daniel, sacando la cartera del bolsillo y de ella dos cartas, se las enseñó á Julio, diciendo:

—Aquí tienes encerradas todas mis esperanzas.

—¡Hola! son dos cartas de recomendacion; las recomendaciones de provincias raras veces surten efecto en Madrid.

—Opino lo mismo, aunque mi madre, al encargarme que las presentara, tuvo indudablemente la esperanza de que surtieran buen efecto.

Julio maquinalmente fijó los ojos en los sobres de aquellas cartas, y al leer el nombre del general Lostan no pudo contener un grito de alegría.

—¡Cómo!—dijo,—¿conocia tu madre al señor marqués del Radio?

—Indudablemente, pues ya ves que me recomienda á él.

—¡Oh! pues entonces te doy la enhorabuena.

—Permite que te diga que me parece un poco anticipada.

—No, no, me afirmo en ello.

—¿Conoces tú acaso al general Lostan?

—¡Ya lo creo! Á quién sino á él debo el destino que ha venido como un amuleto mágico á sacarme de la miseria á mí y á mi familia? Sin la poderosa proteccion del marqués del Radio, tal vez me encontraria careciendo de todo en una buhardilla.

—Dichosa casualidad,—añadió Daniel,—ha sido encontrarte, pues siendo, como dices, tu bienhechor el general Lostan, podrás darme algunos detalles de su carácter, que para mí han de ser en esta ocasion de la mayor utilidad.

—Al general le he visto pocas veces: es uno de esos hombres rodeados de ocupaciones, á quien la política absorbe todas las horas de su vida. Recuerdo que cuando me presenté en su casa para darle las gracias, al dirigirle algunas palabras de gratitud, me contestó secamente:

—«Bien, bien, procure usted cumplir con su deber y déle usted las gracias á mi hija, pues ella es la que se ha tomado por usted un gran interés.»

—Yo comprendí que el general tenia pocas ganas de conversacion, le saludé respetuosamente y salí de su despacho.

—¿Y obedeciendo las órdenes del general,—repuso Daniel sonriéndose,—irias á darle las gracias á su hija?

—¡Oh! sí. Clotilde es un ángel. Desde el primer instante que la conocí reanimó en mi pecho la esperanza, que ya comenzaba á abandonarme.

—Te felicito por haber encontrado un ángel en la tierra de los hombres. Puedes vanagloriarte de que todos no tienen esa fortuna.

—Sí, Daniel, yo no me cansaré de repetirlo nunca, Clotilde es un ángel que ha librado á mi buena madre y á mi querida hermana de la horrible miseria que las amenazaba. Dichoso yo si algun dia puedo demostrarle, aun derramando toda la sangre de mis venas, la gratitud que para ella guarda mi corazon.

—Veo, querido Julio, que hablas con grande interés de esa jóven que tu ángel bueno presentó en tu camino para ser la panacea de todos tus males,—añadió Daniel fijando una mirada en su amigo, como si quisiera leer en el fondo de su conciencia.

—La sublime palabra de Platon, la elocuencia del célebre orador romano Ciceron, no serian bastante para describir con la palabra las perfecciones morales y las bellezas físicas de mi jóven protectora. Creo que nunca ha existido una mujer de rostro mas bello ni alma mas encantadora.

—Cuidado, Julio, cuidado,—añadió Daniel sonriéndose,—porque tus labios se hallan en camino de revelar-me algo de lo que guardas oculto en el fondo de tu corazon.

—¡Bah! crees que estoy enamorado de la señorita Clotilde?

—Siendo tú jóven y ella hermosa, no tendria esto nada de particular.

—Solo el respeto y la gratitud inspiran mis palabras,

pero soy un egoista; hemos entrado en este café para que me hables de tus asuntos y no hago mas que ocuparme de los míos.

—Mis asuntos se reducen sencillamente á entregar las dos cartas que mi pobre madre me dió antes de morir. Sin bienes de fortuna y con educacion bastante descuidada llego á la corte, como Gerónimo Paturót, en busca de una posicion social. Si el marqués del Radio me recibe con benevolencia, habré entrado en Madrid, como vulgarmente se dice, con buen pié. Si, por el contrario, noto en él cierta frialdad, entonces, siguiendo los consejos de la santa mujer que he perdido para siempre, me presentaré en casa del conde de la Fé. Todo esto es cuestion de tres ó cuatro dias. Cuando pierda la esperanza de conseguir que me protejan, regresaré á mi pueblo sin que la indiferencia de esos señores turbe la hermosa paz de mi conciencia ni me aflija gran cosa. Cuando se tiene la costumbre de vivir en el seno de la modestia, cuando no se han disfrutado las prerogativas fastuosas de los ricos, la vida es barata, y allá en mi pueblo encontraré la manera de ganarme el modesto cocido y las prosaicas patatas.

—Gran ventaja es para los que somos pobres tener la resignacion de Job.

—¡Oh! el libro de Job deberian llevarlo siempre en el bolsillo los desgraciados. Su autor, filósofo y poeta, al escribirle, hizo un gran bien á la humanidad.

—Yo tengo la confianza de que el general Lostan te tenderá una mano bienhechora.

—Pronto vamos á saberlo. Ese reloj marca las once y media, antes de quince minutos, si el señor general me recibe, leerá la carta de mi madre.

—Entonces no pierdas el tiempo. Estoy impaciente por saber el resultado de tu empresa.

—Pues yo, querido Julio, te aseguro que estoy tranquilo, como el hombre que nada espera.

—¿Te falta la fé?

—Desde el instante en que cerró los ojos mi madre, creo que lo he perdido todo en la tierra.

—¡Bah! tú eres jóven, ¿quién es capaz de leer en lo porvenir?

Daniel exhaló un suspiro, hizo un movimiento con los hombros y la fisonomía para caracterizar la falta de esperanza y añadió:

—Mi vida es un misterio que en vano he pretendido descifrar; desde el instante en que una chispa de razon brotó en mi inteligencia, me pregunté á mí mismo, por qué, como otros niños de mi edad, no veia á mi padre al lado, recibiendo de él las caricias y la proteccion de que tanto necesita la adolescencia. Con ese instinto natural del niño pregunté una y mil veces á mi madre por el autor de mis dias, y ella, llenándome de besos, cubriendo mi rostro con sus lágrimas y estrechándome contra su enamorado pecho, procuraba siempre á fuerza de caricias no contestar á mis preguntas. Los años pasaron, y en vano tenia yo la vista fija en el camino por donde, segun mi madre, debia venir á reunirse con nosotros el que yo con tanto afan esperaba. La muerte arrebató por

fin á la pobre mártir, que vivió con los ojos enrojecidos por el llanto y una gran pena en el alma. ¿Quién fué mi padre? Hé aquí una pregunta que me dirijo en vano. ¿Hay algun crimen en mi nacimiento que así se me oculta el origen que atormenta mi corazon?

Julio comprendió por la triste entonacion de su amigo, que aquella escena iba tomando un giro desagradable y creyó prudente terminarla.

Solo los que están acostumbrados á recibir los duros y terribles golpes del infortunio, solo los séres á quienes la desgracia se ha complacido en torturar arrancándoles una por una las mas delicadas afecciones del corazon, comprenden el dolor de sus semejantes.

Julio habia sufrido mucho. La fatalidad, reina ingeniosa, á la que nunca han llegado en inventiva esos tres grandes creadores del arte dramático conocidos en la historia de la literatura con los nombres de Shakespeare, Calderon y Schiller, habia hecho subir á Julio del palacio á la buhardilla, y la misma fatalidad cansada de abrumarle con su peso, le habia hecho tropezar un dia con la hija del general Lostan, para que descendiese desde la buhardilla á un piso segundo.

La vejez representa generalmente la esperiencia, pero esto no debe tomarse como una regla fija, porque hay jóven que á los veinte años es mas práctico en las defeciones de la vida, que otros á los noventa.

Julio se levantó, y pagando al mozo el gasto que habia hecho, dijo:

—Querido Daniel, los ingleses dicen *time is gold*, ó

lo que es lo mismo: el tiempo es oro. Aprovechémosle nosotros, tú para ver al general, yo para ir á mi oficina. Esta noche á los ocho te espero en este mismo café. Me darás cuenta de tu escena con el general, y luego iremos á hacer una visita á mi madre y á mi hermana, que indudablemente se alegrarán de verte. Estrecha esta mano, que es la de un buen amigo que se alegra de tu prosperidad, y no olvides nunca que puedes contar conmigo para todo.

—Gracias, querido Julio; en medio de mi dolor siento algo que refresca mi alma al haberte encontrado.

Y los dos amigos, despues de estrecharse cariñosamente la mano, se separaron,

Sigamos nosotros á Daniel.

CAPÍTULO III.

La primera carta.

Daniel caminaba con la vista baja y la imaginacion preocupada. Si el célebre fisonomista Labruyère hubiera fijado en él los ojos, indudablemente se hubiera dicho:

—«Hé aquí un jóven que está muy próximo á perder esa bella flor del alma que se llama esperanza.»

Y en verdad que al célebre filósofo francés no le hubiese faltado razon, porque Daniel llevaba impreso en el semblante algo de cansancio y del desaliento de un corazon que nada espera, y que creyendo haberlo perdido todo, camina por la senda de la vida sin que ni una sola vez procure embellecerla con esos sueños de color de rosa á que con tanta facilidad se entrega la juventud.

Las últimas palabras, la postrer recomendacion que, la difunta Ángela habia hecho á su hijo se habia grabado en su memoria con caractéres indelebles.

Daniel estaba resuelto á cumplir los últimos deseos de la difunta. Llevaba en su bolsillo las dos cartas que, según su madre, podian serle de gran utilidad. Otro menos respetuoso que él, á la memoria de la mártir que

tanto le habia amado, hubiera roto el lacre y leído las cartas; pero Daniel respetaba el encargo de aquella que le habia dado el sér.

Con la mirada fija en el suelo y las manos en los bolsillos de su gaban, sin ocuparse de los transeuntes que mas de una vez tropezaron con él, nuestro huérfano llegó á casa del general Lostan.

En Madrid no suele ser fácil penetrar en las ricas habitaciones de esos hombres engrandecidos por los frecuentes sacudimientos políticos. Hay tanto desgraciado que pide, que el rico se ve en la necesidad de cerrar su puerta con doble cerrojo, como asimismo sus oídos y su bolsa.

Daniel preguntó al portero por el señor marqués, y sin duda el portero se encontraba en uno de esos ratos de buen humor, porque, en vez de decirle: «ha salido» le dijo que subiera arriba á preguntar al encargado de la antesala.

Daniel abrió una puerta de cristales que cerraba la entrada de la escalera, y el timbre de una campanilla eléctrica resonó en el piso principal de la casa.

Esta campanilla anunciaba al segundo portero una visita.

El huérfano comenzó á subir la ancha y lujosa escalera alfombrada en su centro, y tan preocupado se hallaba, que ni siquiera se admiró de aquel lujo.

Cuando llegó al piso principal, un criado vestido de librea le estaba esperando.

—¿El señor general está en casa?—preguntó Daniel quitándose el sombrero.

—Está en casa,—contestó secamente el criado.

—Entonces le ruego tenga la bondad de acompañarme hasta su habitacion; necesito verle.

—Ya comprenderá usted, caballero, que el señor marqués no puede recibir á todo el mundo,—contestó el criado dirigiendo una mirada al modesto traje del huérfano.

—Sí, es verdad, el señor general tendrá sus ocupaciones, y no es justo que se deje robar el tiempo por un cualquiera; pero yo me atrevo á suplicarle á usted le pase recado diciéndole que un jóven huérfano que acaba de llegar del pueblo de Horche, quisiera verle para entregarle una carta de su difunta madre.

Era tan triste, tan sentida la entonacion de Daniel, que el criado no se atrevió á negarle el favor que le pedia.

—Bien, pasaré recado; tenga usted la bondad de decirme su nombre, y esperarme un instante.

—Mi nombre,—contestó el huérfano sonriéndose amargamente,—es probable que no le conozca el general; pero en fin, dígame usted que le suplica le conceda una entrevista Daniel Cantero.

El criado desapareció detrás de una ancha cortina de terciopelo.

Daniel se quedó solo, y como el que espera, procura siempre matar el tiempo, dirigió una mirada en derredor suyo.

Indudablemente el general no era un hombre reñido con el arte. Aquella sala-recibimiento, ancha y espaciosa, tenia las paredes literalmente cubiertas de cuadros.

El huérfano era poco fuerte en pintura, pero aquellos lienzos representando distintos pasajes, aquellos retratos de severo rostro llamaron vivamente su atención, y á pesar de encontrarse preocupado, hubiera permanecido allí algún tiempo sin que le impacientara la tardanza del criado: pero éste no se hizo esperar mucho.

—Sígame usted, dijo asomándose por la puerta de la cortina.

Daniel siguió al criado. Sus piés, indudablemente por la primera vez de su vida, pisaban esas alfombras que ahogan el ruido de los pasos.

Cruzó un salon inmenso, luego una galería, y por fin el criado se detuvo delante de una puerta, y abriéndola, dijo:

—Tenga usted la bondad de esperar un momento, el señor marqués va á salir.

Daniel se encontraba en el despacho del general.

De pié, inmóvil y con el sombrero en la mano, absorto ante el cúmulo de preciosidades artísticas que se hallaban reunidas en aquella habitación, hubiera deseado dilatar su vista, ensanchar las facultades del nervio óptico, para ver de un solo golpe todo lo que allí se hallaba.

En los cuatro lienzos de la pared se veían suspendidas cuatro panoplias de terciopelo azul con clavos de plata.

Cada una de estas panoplias tenia una representacion en la historia del mundo.

La que se hallaba colocada enfrente de la puerta, hubiera formado las delicias de un árabe.

La de la derecha, de un descendiente de Montezuma.

La de la izquierda, de un caballero de la edad media.

La que se hallaba encima de la puerta hubiera formado las delicias de uno de aquellos reyes avarientos de Egipto, que vendían en medio de la plaza pública por un puñado de oro la virginidad de sus hijas.

Daniel contemplaba embebecido aquella armería, museo de antigüedades que por primera vez se presentaba ante sus ojos.

Difícilmente hubiera podido citar el nombre de una de aquellas armas que tanta admiración le causaban.

En medio de este éxtasis sintió descorrerse un portier, y volviendo la cabeza, encontróse con un hombre que, por su aspecto y la lujosa bata que vestía, le hizo sospechar que sería el general Lostan.

Aquel hombre de aspecto severo, de mirada de águila, antes de dirigirle la palabra, le hizo sufrir la tortura de una investigación detenida.

Daniel procuró revestirse de serenidad. Mantuvo con cierta entereza respetuosa la revista, por decirlo así, que los ojos del recién venido le pasaban, y tuvo la energía de no dirigirle la palabra durante aquella enojosa pausa.

—¿Es usted el jóven que desea verme?—le preguntó el general con acento duro, seco, poco comunicativo.

—¿Es usted el general Lostan?—preguntó á su vez Daniel sin contestar á la pregunta que acababa de dirigirle.

—Yo soy el general,—contestó el marqués, á quien

no dejaba de causar admiracion la energía de aquel joven.—¿Qué es lo que usted quiere?

—Cumplir el último encargo de una mujer que ha dejado para siempre el mundo de los vivos.

Esta contestacion seca, enérgica, fria, que encerraba al mismo tiempo un profundo sentimiento, conmovió por un instante al general; pero, procurando serenarse, fué á sentarse en el sillón de su mesa-escritorio y dijo:

—Pero bien, ¿qué es lo que usted quiere?

Esta pregunta fué hecha con un tono tan esquivo, tan poco cariñoso, que Daniel sintió como si le hubieran herido en el corazón. Sin embargo, se contuvo y dijo:

—Señor general, mi pobre madre, pocos momentos antes de morir, me llamó junto á su lecho, y con esa espresion de infinita ternura que solo poseen las madres, me dijo: «Daniel, dentro de breves momentos te quedarás sin mí, porque habré dejado de existir, pero al abandonar la vida, dejándote en el mundo solo y desvalido, una esperanza reanima mi desfallecido cuerpo. Toma esta carta, y despues de haber depositado mi cuerpo en la tierra, te presentarás al general Lostan y le dirás entregándosela:—Yo soy el hijo de la infortunada Ángela.» Aquí está la carta, señor general, yo no soy mas que el emisario de la muerte.

El marqués del Radio estendió el brazo para coger la carta que le alargaba Daniel. Aquel hombre que con tanta frialdad y dureza acababa de recibirle, se hallaba conmovido. Era indudable que una terrible lucha agitaba su corazón.

El marqués hacia grandes esfuerzos por serenarse, pero de vez en cuando un estremecimiento nervioso agitaba su cuerpo.

Rompió el sobre de la carta con mucha pausa, como si temiera encontrarse con una mala noticia, como si le aterrara algun desagradable presentimiento.

Abierta ya la carta, fijó con miedo los ojos en ella, la recorrió con rapidez, y es indudable que el contenido de su lectura debió serle grato, pues en su duro semblante pudo notarse un cambio brusco.

—¿Ha leído usted esta carta?—preguntó el general fijando sus ojos en el jóven.

—Cerrada me la entregó mi madre, y yo no me hubiera atrevido nunca á romper el secreto de su sello.

—¿Pero su madre de usted le habia dicho el sentido, por lo menos, de esta carta?

—Mi madre, señor general, solo me dijo: «Entrega esta carta, porque tengo confianza que el hombre á quien la dirijo ha de serte útil en medio de tu orfandad.»

—Está bien. ¿Y qué es lo que usted quiere?

—Un poco de proteccion. Soy pobre y desearia ganarme el sustento con mi trabajo.

—¿Ha seguido usted alguna carrera literaria?

—Comencé á estudiar la de leyes, pero la falta de recursos y el estado enfermizo de mi madre me retiraron en el pueblo, bien á pesar mio.

—¿De manera que lo que usted desea es que con mi influencia le proporcione ó le busque una colocacion?

—Sí, una colocacion que me permita terminar mi carrera.

Y Daniel, como si en aquel instante se le ocurriese una idea luminosa, cambiando de entonacion y avanzando algunos pasos hácia el sitio que ocupaba el general, dijo con suplicante entonacion:

—Señor general, yo sé que si usted quiere, puede ser mi salvacion. Huérfano y pobre, si usted no me protege, me veré precisado á volver al pueblo, en donde solo poseo un modesto albergue y una pequeña huerta. Á pesar de mi pobreza, de la soledad de mi situacion...

—Bien, bien,—dijo el general interrumpiéndole,—yo haré por usted todo lo que pueda. Su madre de usted hizo bien en recomendarle á mí. Hoy mismo veré al ministro de Gracia y Justicia. Tenga usted la bondad de indicarme las señas de su domicilio para que yo pueda participarle el resultado de mis gestiones.

El huérfano escribió sobre un papel su nombre y las señas de su casa.

—Señor general, hace un instante me ha interrumpido usted para llenar mi corazon de esperanzas con sus palabras. Su bondad para conmigo me alienta hasta el punto de suplicarle me permita le dirija algunas preguntas que, si usted pudiera contestarlas, serian para mí mas gratas y me inspirarian mas reconocimiento que si pusiera usted en mis manos la fortuna de Creso.

—¿Y qué preguntas son esas?—dijo el marqués fijando en el jóven una mirada recelosa.

—Es indudable, señor, que cuando mi madre en su

última hora me recomendaba á usted, tenía una confianza de que su súplica se atendiese. Esta confianza se supone que era hija de una antigua amistad. Yo no sé, señor general, si podré explicarme con la claridad que deseo: me hallo un poco conmovido; las ideas se confunden en mi cerebro, y espero que sea usted tolerante y perdone las inconveniencias que pueda cometer...

Daniel, sin poderse explicar el motivo, se sentía conmovido; un instante había bastado para hacerle cambiar el plan que se había propuesto, y era que una idea, cruzando rápidamente por su cerebro, le había dicho: «Tal vez el general conozca á tu padre, procura suavizar tu carácter, y para que te revele el secreto de tu nacimiento, emplea con él la dulzura, que es el lenguaje mas convincente y productivo de los hombres.»

El general, por su parte, se sentía atraído hácia aquel jóven, y poco á poco iba perdiendo la esquivez y rudeza de su carácter.

Ambos, preocupados, no habían observado que de vez en cuando, entreabriéndose el centro de la ancha cortina de tisú de lana que cubría la puerta del despacho, asomaba un ojo, que, fijándose rápidamente en Daniel, volvía á desaparecer.

Si aquella cortina hubiera caído como un telon en las comedias de magia, la rígida y severa figura de doña Beatriz de Esquivel, esposa del general Lostan, hubiera aparecido detrás de ella.

Pero continuemos el diálogo entre el general y el huérfano, y para esto será conveniente que cambiemos de capítulo.

CAPÍTULO IV.

Continuacion del anterior.

Daniel continuó hablando de este modo:

—Es indudable, señor general, que hay un misterio en la historia de mi nacimiento. Por espacio [de muchos años he estado esperando con afanoso interés, conocer al hombre que me dió el sér. Mi buena madre me decia siempre: «Confía y espera; él vendrá, porque no puede olvidarse que eres su hijo.» El tiempo sin embargo, pasaba; llegó la muerte, me arrebató á mi madre, pero mi padre no vino, y hoy me encuentro solo y abandonado en el mundo.

Daniel se detuvo, fijó sus claros y tristes ojos en el marqués del Radio, que en vano procuraba disimular su agitacion, y despues de una corta pausa, volvió á decir:

—Ignoro los motivos que me han tenido siempre separado del autor de mis dias. No sé tampoco en qué punto de la tierra se halla, porque á saberlo, iria en su busca. Si usted, general, puede decirme algo que esclarezca la oscuridad de mis ideas, la confusion del profundo caos en que me agito, si tiene usted alguna revela-

cion importante que hacer á este pobre huérfano, yo le viviré eternamente agradecido.

El general hacia esfuerzos increíbles para mantenerse sereno.

La voz sentida y dulce de aquel jóven levantaba dolorosos ecos en su corazon. Pero aquel hombre se encontraba en una situacion especial: una muestra de ternura, una frase de cariño dedicada al huérfano le hubieran causado graves disgustos.

—Jóven,—le dijo con una voz que demostraba la intranquilidad de su espíritu,—nada puedo decir á usted sobre el punto que desea aclarar: ignoro quién sea su padre. Procuraré, sin embargo, serle útil, recomendándole á mis amigos.

Daniel, como si aquellas palabras hubieran muerto las últimas esperanzas de su alma, inclinó la frente sobre el pecho, diciendo con sentido acento:

—Mi madre, caballero, tuvo indudablemente un buen pensamiento, que creyó provechoso para su hijo, al escribir la carta que he tenido el honor de entregarle hace poco. Pero si todo lo que usted puede hacer por mí se reduce á recomendarme á sus amigos, creo, señor general, que no pondré á ustedes en el caso de molestarles.

Aquellas palabras enérgicas respiraban profundo sentimiento.

El general levantó la frente, y fijando una mirada en aquel jóven, que desmentia la modestia de su traje con la altivez de su lenguaje, contestó de este modo:

—¿Desdeña usted mi proteccion?

—Nada poseo en la tierra: soy pobre, general, pero debo advertir á usted, que yo no he venido á Madrid á mendigar un destino, ni á hacer la vida de un pária pegado á la mesa de una oficina. Tengo una carrera comenzada, y con la proteccion de los hombres ó sin ella, espero concluirla. Si usted no conoce á mi padre, si nada puede darme sino una carta de recomendacion para sus amigos, creo que es inútil que le moleste prolongando esta entrevista.

—Veo que es usted orgulloso.

—Soy digno solamente y algo menos confiado que lo fué en vida la mujer que hoy no existe, y que esperaba que el general Lostan fuese el salvador de su hijo.

El conde del Radio palideció. La entereza de aquel jóven le aturdia, comenzaba á sentirse dominado, cuando casualmente, al dirigir una mirada hácia la alcoba, observó que entre las dos cortinas de terciopelo asomaba un ojo, que, fijo y amenazador, se clavaba en él.

El general se estremeció, era indudable que le espían, y nadie se hubiera atrevido á tanto, esceptuando la marquesa.

—Es usted pobre y orgulloso, jóven,—dijo don Pedro procurando dominar los encontrados afectos que agitaban su corazon,—y esa es una mala condicion para hacer fortuna en Madrid.

—Señor general, yo no tengo mas patrimonio que el orgullo, y los que piensan como yo es lo último que pierden.

—Entonces, permítame que le diga que no hará una gran carrera.

El marqués del Radio pronunció estas palabras con un acento seco, duro, que hizo comprender á Daniel que habia emprendido mal camino para encontrar la proteccion que buscaba.

Á pesar de su carácter independiente y de lo poco avezado que estaba al fingimiento y diplomacia de la corte, hizo un esfuerzo para dominarse, y resuelto á interesar en favor suyo al general, continuó de este modo:

—Señor marqués, es indudable que he cometido en el poco tiempo que estoy en esta casa, algunas imprudencias, y espero que tenga la bondad de dispensármelas. Acostumbrado á una vida independiente, casi salvaje, brotan por mis labios las impresiones de mi corazon, sin que yo pueda muchas veces detenerlas. Usted me ha juzgado orgulloso, y con harta razon. Le ruego, pues, que me dispense todas las inconveniencias que haya podido cometer.

Este cambio inesperado produjo en el general un efecto estraño. Deseaba y temia proteger francamente á aquel jóven. La voz de su conciencia le decia: «Tiéndele una mano bienhechora, préstale tu apoyo y haz de él un hombre de provecho, ya que hiciste una mártir de su madre.» Pero al mismo tiempo otra voz que resonaba en el fondo de su alma, como una amenaza, le decia con terrible acento: «¡Ay de tí si proteges á ese jóven; una palabra de cariño, una sola frase que envuelva una es-

peranza, que te atrevas á dedicarle, hará caer la máscara con que encubres tu verdadero rostro ante los ojos de la sociedad!»

Pocos, muy pocos hombres se habian encontrado en las circunstancias en que se hallaba el general Lostan.

Por las venas de Daniel circulaba su sangre. La entereza del jóven, la dignidad con que habia rechazado su fria proteccion le demostraban que era digno de llevar su apellido, pero al mismo tiempo aquel ojo fino, amenazador, que le espiaba, que le observaba á través de las cortinas, le daba miedo, y helando la sangre de sus venas, no le permitia dar expansion á su pensamiento.

Indudablemente si Daniel hubiese tenido una entrevista con el general en otro sitio del que se encontraban, el orgulloso marqués del Radio le hubiera recibido con mas cariño, causando una impresion menos desagradable al pobre huérfano.

Pero entre el general y su esposa habia mediado un pacto. Pacto que, como el remordimiento, pesaba sobre la conciencia y la voluntad del general, que hacia callar la voz de la naturaleza, que ahogaba el sentimiento y la ternura en su corazon.

Don Pedro comprendia que aquella situacion no podia prolongarse sin grave riesgo de un escándalo doméstico de un drama de familia.

Se resolvió, pues, á despedir al jóven de una manera fria, cuando un criado, pidiendo permiso desde la puerta para entrar, se presentó, con una carta sobre una bandeja de plata, en cuyo sobre se leian estas palabras:

«Para el señor general Lostan.—Urgente.—De su esposa la marquesa del Radio.»

Aquella letra, aquel sobrescrito causaron un efecto tan vivo al marqués, que el mismo Daniel se apercibió de ello.

—Con el permiso de usted, leeré esta carta urgente, —dijo el general con inseguro acento, dirigiendo la palabra al huérfano.

Daniel se inclinó respetuosamente, y don Pedro, rompiendo el sobre, leyó para sí lo que á continuacion consignamos.

«Si da usted una sola esperanza al hijo de Ángela, si le dedica usted una palabra de cariño ó comete la imprudencia de revelarle el nombre de su padre, mañana sabrá todo Madrid por qué han vivido separados largo tiempo el general Lostan y la marquesa del Radio.—Beatriz.»

Al terminar la lectura de la carta, el general se pasó varias veces la mano por la frente como si quisiera ocultar á Daniel la turbacion que sentia.

Vaciló un momento, y por fin, cogiendo una pluma, escribió rápidamente sobre una hoja de papel:

«Es usted muy cruel, señora; el pobre huérfano que viene á implorarme mi proteccion, se halla solo en el mundo; pero no tema usted, tendré bastante valor para ahogar la voz de la naturaleza, porque estoy resuelto á sacrificarlo todo, hasta la existencia, por la tranquilidad y la dicha de nuestra hija Clotilde.—Pedro.»

El general cerró la carta, y despues de ponerle el sobre, se la entregó al criado diciendo:

Para la señora marquesa.

Cuando volvió á quedarse solo con Daniel, indudablemente el general no encontraba la palabra para producir un rompimiento con el huérfano, que con tanta humildad comenzaba á arrepentirse de sus primeros arranques de soberbia.

Se puso á dar paseos por el despacho con las manos cruzadas á la espalda, la mirada ceñuda y el rostro serio,

De vez en cuando dirigia una mirada al jóven huérfano, que, inmóvil y de pié, no podia esplicarse la conducta de aquel hombre en quien tanta confianza tenia su madre.

De repente el general se detuvo, se cuadró delante de Daniel, y como si continuase una conversacion interrumpida, dijo:

—Esto es insufrible, España es un pais perdido; todo el mundo se sale de su centro; no se piensa mas que en la empleomanía, y los que por desgracia tenemos algunas relaciones con el gobierno, estamos siempre rodeados de pretensiones y de exigencias.

Daniel retrocedió un paso como si aquellas palabras le hubieran herido en el rostro. Le parecia extraño, incoherente el soliloquio del general, y arrepentido de la humildad que poco antes le habia demostrado, levantó con orgullo su hermosa y despejada frente, y fijando una mirada serena en el marqués, dijo con firme entonacion:

—Señor general, yo he llegado á esta casa creyendo encontrar un protector, y veo con pena que me he engañado. Usted podrá negarme el padrinaje que he venido

á pedirle, podrá cerrarme para siempre las puertas de su casa y hasta borrar mi nombre de su memoria, pero ni sus entorchados, ni sus pergaminos, ni su fortuna, le autorizan para que me trate como á uno de esos pretendientes sin decoro, que se estacionan en las antesalas de los ministerios, doblando servilmente el cuerpo ante el hombre de quien esperan recibir un pedazo de pan con que matar el hambre.

—Jóven,—añadió el general conteniéndose,—si me dejara llevar de mi carácter, castigaria como se debe esa soberbia.

Daniel palideció. Aquella amenaza que le arrojaba al rostro, le produjo un efecto desconocido para él. Vaciló un momento, y dejando por último asomar á sus labios una sonrisa, en la que se veia el desden y la severidad de un corazon entero, repuso:

—Si el señor general llamase á sus criados para arrojarme á la calle, conozco que estaria en su derecho, pero no hay necesidad de que se tome semejante molestia. He dejado asomar á los labios las palabras que me dictaba el corazon, porque yo no puedo cambiar un solo instante mi manera de ser y de pensar. Todo ha concluido entre nosotros: puede usted dar al olvido mis pretensiones, no volveré á pisar las ricas alfombras de este palacio; mi madre habia juzgado demasiado favorablemente los sentimientos del general Lostan.

—¡Basta! ¡basta! gritó don Pedro palideciendo de ira.

—Dice usted bien. ¡Basta! Solo espero que me devuelva usted la carta de mi madre para abandonar esta casa.

—¿La carta de Ángela?—repitió el general con un acento que demostraba el espanto que aquella petición le causaba.

—Sí, la carta de mi madre. ¿Quién se atreverá á decirme que no es justa esa petición? ¿Puedo yo dejar en manos de un hombre que con tanto desvío me recibe, la súplica de una madre que pensó en él en el último instante de su vida?

—Pero esa carta viene dirigida á mí, y me pertenece, y yo ni puedo, ni quiero, ni debo entregar la carta á nadie.

Y el general giró en derredor suyo los ojos como el tigre que se ve encerrado en un círculo de fuego.

Daniel creyó ver en aquella negativa algún misterio, y desde este instante formó el firme empeño de adquirir el escrito de su madre.

—¡Ah, señor marqués! me juzga usted mal si cree que yo soy uno de esos hombres que ceden fácilmente los derechos que le pertenecen. Podrá usted arrojarme de su casa violentamente, pero no saldré sin que se me devuelva esa carta.

Y Daniel, colocándose delante de la puerta, cruzó con resolución los brazos sobre el pecho, añadiendo:

—He sentido en el corazón algo extraño, desconocido para mí desde el momento en que usted se ha negado á devolverme ese escrito. No sé por qué se ha aferrado en mi mente la idea de que si yo leo esa carta, he de saber algo de la historia de mi nacimiento. Calcule usted, general, el empeño, el deseo que se ha apoderado de mí por poseerla.

El general comprendió, al ver la resuelta actitud del huérfano, que se hallaba dispuesto á todo.

La carta de Ángela era indudable para él de la mayor importancia. La habia guardado cuidadosamente en el bolsillo de la bata, así es que, deseando terminar aquella cuestion enojosa, se abalanzó con rapidez á la chimenea y la arrojó sobre las llamas.

Daniel lanzó un grito de rabia y corrió á salvar del fuego el papel, pero el marqués, que se hallaba dispuesto á que se consumiera hasta el último átomo, estendió los brazos para evitarle que llegara á la chimenea.

El huérfano, al ver que se inflamaba, se retorcia, convirtiéndose rápidamente en ceniza la carta de su madre, cogió bruscamente por el brazo al general para abrirse paso y comenzó entre los dos una lucha á brazo partido en la que el general, hombre robusto, logró por fin salir vencedor, arrojando sobre un sofá al joven huérfano.

Dos lágrimas de rabia asomaron á los hermosos ojos de Daniel.

El fuego habia consumido por completo la carta de su madre.

—¡Ah!—esclamó.—Es usted un infame, un miserable, general, porque esa carta que acaba de consumirse era tal vez la esperanza y la fortuna de un pobre huérfano.

El general, como si despreciara aquellos insultos que acababa de dirigirle, tiró con fuerza del cordon de la campanilla, á cuyo tiempo, entreabriéndose el ancho cortinaje de la alcoba, se presentó la poética y hermosa figura de Clotilde.

Daniel, al ver aparecer á aquella jóven, se levantó rápidamente del sofá en donde habia caído y se enjugó los ojos.

El general hizo un estremecimiento de disgusto.

Por la primera vez en su vida le molestaba la presencia de su hija.

—¿Á qué vienes aquí?—le preguntó con acento imperioso.

—Vengo, padre mio,—contestó con su natural dulzura Clotilde,—á pedirte un poco de proteccion para ese pobre jóven á quien tan duramente acabas de tratar.

Daniel fijó sus ojos en Clotilde. El eco de aquella voz habia penetrado en su alma de un modo dulce y se quedó contemplándola con el mismo asombro, con la misma sorpresa que lo hubiera hecho un náufrago, en los últimos instantes de su vida, viendo aparecer en las aguas del mar, un ángel salvador tendiéndole la mano.

—Vete, vete, Clotilde,—esclamó el general con acento imperioso.

—Me iré, padre mio, puesto que tú lo quieres, pero no será sin que antes repare una injusticia.

Y volviéndose hácia donde estaba Daniel y dirigiéndole una sonrisa, añadió:

—Mi padre es bueno, y generalmente suele arrepentirse de los arranques de mal humor; así pues, yo repararé la injusticia que ha cometido con usted. No olvide usted nunca que la hija del general Lostan está dispuesta á ser la intercesora entre Daniel el huérfano y el marqués del Radio.

Y haciendo un gracioso saludo, desapareció rápidamente por la alcoba.

En este instante un criado se presentó en la puerta.

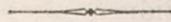
—Acompañe usted á este jóven,—dijo secamente el general.

Daniel, aturdido aun por el efecto que la presencia de Clotilde le habia causado, salió del despacho del marqués siguiendo al criado.

Cuando el general se quedó solo, exhaló un profundo suspiro, y dejándose caer en una butaca, murmuró en voz baja estas palabras:

—Sí, es justo, muy justo todo lo que me sucede. He estado espuesto á que me hiriera al rostro la mano de mi hijo. ¿Quién sabe lo que me sucederá mañana.

Y dejando caer la frente entre las manos, se quedó inmóvil como una estátua.



CAPÍTULO V.

Donde continuán las emociones de Daniel,

Cuando Daniel salió de casa del general respiró con avaricia el aire puro de la calle.

—¡Ah!—esclamó hablando consigo mismo,—¿qué triste es sentir en el alma el cadáver de una esperanza? Hace poco subia lleno de fe la alfombrada escalera de ese palacio. Mi madre me habia dicho:—«El general es bueno, y estoy segura que al leer mi carta, se convertirá en tu protector.»—¡Pobre madre mia! ¿qué le decias á ese hombre en tu carta, que ha preferido que la consumiese el fuego antes de entregármela. ¿Se hallaba escrito en ella el nombre del autor de mis dias? Sí, no hay duda; el general debe tener una razon poderosa que motive su conducta para conmigo.

Y haciendo un movimiento de hombros como el que desea desechar tristes presentimientos, volvió á decirse:

—Es preciso borrar de la memoria ese hombre. Él no puede comprender el daño que me ha hecho, la inmensa cantidad de odio que ha acumulado en mi corazon.

El huérfano, exhalando un suspiro, caminaba al azar

sin saber á dónde se dirigia, y era que, olvidando la terrible escena que habia tenido con el general, se llenaba su mente con el recuerdo de la hermosa jóven que con tanta oportunidad se habia presentado en el despacho para poner fin con su presencia á una escena cuyas consecuencias hubieran podido ser fatales.

Para Daniel, Clotilde no era otra cosa que esa encantadora vision que suele aparecerse en los poéticos sueños de la juventud.

Al ver á aquella jóven, ángel de bondad, interponerse entre él y el general para poner fin á la lucha, habia sentido en su alma algo que no podia esplicarse, afecto desconocido que por primera vez penetraba en su corazon causándole una vaga y dulce inquietud.

¿Era esto la primera chispa del amor que brota con la rapidez de una mirada y que, fecundizándose en el alma, llega con el tiempo á convertirse en un volcan, en una pasion devoradora?

Daniel solo habia amado á su madre. Allá en su pueblo las mujeres habian pasado ante sus ojos sin producirle jamás la menor impresion.

Bien es verdad que él nunca habia visto una mujer mas hermosa, un rostro mas perfectamente modelado, una sonrisa mas pura, una mirada mas tierna.

La imágen de Clotilde, se habia grabado en su alma con una rapidez eléctrica, y hasta tal punto recordaba la menor línea de sus facciones, que si hubiera poseido el arte de Apeles, la hubiera retratado de memoria sobre un lienzo.

Los grandes pensadores, los que se han propuesto detallar el rápido efecto de una mirada, convienen generalmente en que basta un segundo para que el amor mas firme y mas verdadero se desarrolle en el corazón.

Una mirada muchas veces no es otra cosa que un poema sin palabras, que penetra en el alma llenándola de ternura y de pasión.

Daniel habia olvidado al general y pensaba solamente en Clotilde. Todo lo demás estaba para él de sobra en el mundo.

Seguia, pues, cruzando una y otra calle sin saber ni importarle á dónde se dirigia.

Á las cuatro de la tarde se encontró al extremo de la fuente Castellana, y entonces, como si despertase de un sueño, dirigiendo una mirada en derredor suyo, se hizo esa pregunta que ponen siempre los autores dramáticos en boca de las damas cuando despiertan del pesado sueño que las ha producido un narcótico.

—¿Dónde estoy!

Daniel no se tomó la molestia de contestarse. Veia gente que iba y venia por los paseos, lujosos carruajes, y se sentó en un banco que halló á un lado.

Á pesar del mundo de ideas que germinaba en su mente, no pudo menos de fijar la atención en aquellos ricos coches y magníficos caballos que pasaban ante sus ojos escarneciendo su pobreza.

De repente irguió su cuerpo como si un objeto simpático hubiera herido sus pupilas.

Se levantó y maquinalmente se aproximó á uno de los árboles plantados en la linde del camino.

Lo que tanta impresion le habia causado á Daniel no era cosa que una elegante carretela en la que iban dos señoras cubiertas de blondas y de sedas.

Eran Clotilde de Lostan y su madre la marquesa del Radio.

—¡Es ella! ¡es ella!—murmuró en voz baja Daniel.—
¡Oh Dios mio! ¡qué hermosa es esa jóven!

Y siguió con la vista al carruaje que se alejaba de aquel sitio.

Durante algunos segundos Daniel permaneció inmóvil, pero conociendo que su actitud podia llamar la atencion de los transeuntes, comenzó á pasear en direccion opuesta á aquella que habia seguido el carruaje, con la idea de ver segunda vez á la mujer que tan grande impresion le habia causado.

Y efectivamente no tardó mucho en volver á pasar el carruaje de Clotilde.

Entonces, por la primera vez en la vida, un deseo de ambicion agitó el espíritu del jóven.

—Si yo tuviera un caballo,—se dijo,—si yo fuera uno de esos jóvenes elegantes que veo pasar trotando por delante de mí, galoparia junto al carruaje de Clotilde y podria verla mas tiempo. Pero, ¿quién soy yo para fijar la vista en la hija de un potentado? ¡Pobre loco! Olvida á esa mujer y piensa en el pan que has de llevarte mañana á la boca.

Y como si esta reflexion le hubiese arrancado de un

sueño, se encaminó rápidamente hácia Madrid, sin volver ni una sola vez los ojos para ver el carruaje de Clotilde.

Cuando llegó á la calle de Alcalá, el sol comenzaba á inclinarse hácia Occidente.

Entonces recordó Daniel que solo habia desempeñado uno de los dos encargos que le habia hecho su madre.

Tenia en el bolsillo la carta dirigida al conde de la Fé, y se dijo:

—Creo que no debo hacer uso de esa carta. Ese señor conde, á quien no conozco, es probable que me reciba del mismo modo que el general Lostan. En Madrid los ricos se ocupan poco de las eternas noches sin pan de los pobres. ¿Qué soy yo, mas que un pobre átomo perdido en este inmenso océano? Parece imposible que un hombre pueda vivir solo en medio de trescientas mil almas.

Y como si en aquel instante brotara en su mente un pensamiento en abierta oposicion con el diálogo que mantenía consigo mismo, añadió:

—Los pobres como yo, los que nada tienen en el mundo, deben apurar hasta la última gota el cáliz de la amargura. Muchas veces me ha repetido el doctor Samuel, que el dolor y los golpes del infortunio son el gran libro que enseña al hombre á conocer á la sociedad en que vive. Yo seria un cobarde si, por miedo á un segundo desengaño, dejara de cumplir la sagrada mision que me dió mi madre. Sin ninguna esperanza, sin formarme la menor ilusion, iré á casa de ese señor conde á entregarle la carta. Si, como espero, me recibe desdeñosamente, mañana Dios me inspirará.

Y sacando la carta del bolsillo del pecho de su gabán, leyó el sobrescrito, que decía así: —«Al señor conde de la Fé, calle del Arenal.»

Daniel se encontraba en este momento en la Puerta del Sol.

La distancia era corta y se dirigió con resolución hacia la calle indicada.

No tardó mucho en encontrar la casa.

Á juzgar por la elegancia y el lujo, que comenzaba en el portal, el señor conde de la Fé debía ser un hombre rico. —¿Está el señor conde en casa?—preguntó con cierto desembarazo Daniel al portero, que se hallaba tranquilamente fumando un cigarro en su garita.

En Madrid es tan difícil encontrar un portero de casa grande ó de ministerio, amable, como un billete de cuatro mil reales cuando no se tiene una peseta.

Si no temiéramos hacer demasiado favor á la clase, diríamos que los porteros tienen algo de la penetración de La Bruyère.

El que nos ocupa miró, como vulgarmente se dice, por encima del hombro á Daniel, y juzgando por la modestia de su traje, de que el jóven desconocido solo podría proporcionar á su amo un rato de molestia, le contestó con una sequedad poco tranquilizadora:

—El señor conde está en casa, porque tiene la costumbre de salir muy poco, pero si no quiere recibir á usted, es lo mismo que si no estuviera.

—Me parece que acaba usted de decir una verdad de

Pedro Grullo,—repuso Daniel, que se habia propuesto no enfadarse con el portero;—pero como usted no sabe si el señor conde querrá ó no querrá recibirme, me atrevo á suplicarle tenga la bondad de anunciarle mi visita.

—En ese caso puede usted subir al piso principal y allí encontrará un criado.

Y el portero tiró del llamador de una campanilla para anunciar á los de arriba que subia una visita.

Algunos segundos despues Daniel se encontraba en la antesala esperando la contestacion del conde de la Fé.

Las paredes de aquel recibimiento se hallaban literalmente cubiertas de cuadros pintados al óleo.

En otras circunstancias Daniel se hubiera entretenido agradablemente contemplando aquellos lienzos, algunos de los cuales eran obras maestras que habian inmortalizado á sus autores, pero ni la hora, pues comenzaba á oscurecer, ni el estado de su espíritu le permitian en aquel momento ocuparse de otra cosa que del resultado que tendria aquella entrevista.

No tardó mucho en presentarse el criado diciendo:

—El señor conde me ha dicho que aunque le parece algo intempestiva la hora para recibir visitas, que le conduzca á usted á su gabinete, y que tenga la bondad de esperarle, pues está concluyendo de comer. Yo iré delante para indicarle á usted el camino.

Daniel siguió al criado, cruzaron un salon por donde el huérfano caminaba con alguna torpeza, á causa de la oscuridad, y por último llegaron al gabinete del señor conde de la Fé.

—Tenga usted la bondad de sentarse,—le dijo el criado,—el señor conde no tardará.

Daniel volvió á quedarse solo.

La última luz de la tarde penetraba tibia y moribunda por los cristales del balcon.

El huérfano, aprovechando los restos de la claridad del dia, dirigió una mirada en derredor suyo.

Aquella habitacion parecia mas bien la de un sabio dedicado al estudio, que la de un aristócrata superficial.

Por todas partes se veian libros esparcidos sobre las sillas, en las butacas, hasta en el suelo.

Una severa y rica biblioteca de ébano mate recorria desde el suelo hasta el techo tres de los cuatro lienzos de pared del gabinete.

En la chimenea, tambien de mármol negro, ardian algunos troncos, caldeando con exceso el ambiente de la habitacion.

Una rica y ancha cortina de terciopelo morado, que tenia dos escudos bordados en seda, cubria la entrada de la alcoba.

Á la derecha de la puerta de la alcoba se hallaba colgada de la pared una panoplia de cuero de vaca con botones de acero, llena de armas, á la derecha un cuadro que á Daniel le pareció el retrato de una mujer.

El pavimento del gabinete estaba alfombrado con pieles de tigre, y una inmensa águila, suspendida del techo, sujetaba con sus nervudas garras las tres cadenas de una lámpara.

Daniel hubiera deseado un poco mas de luz para examinar todo lo que le rodeaba.

La luz casi extinguida del dia no le permitia ver con claridad los objetos, sino confusamente.

De pronto oyó un chirrido extraño que le causó un estremecimiento general, era una de esas trepidaciones metálicas que produce la máquina de un péndulo antes de dar las horas.

Y efectivamente, Daniel se convenció pronto de que aquello nada tenia de sobrenatural, pero no le causó menos sorpresa el escuchar la campana del reloj, cuyo eco metálico terminaba con un ¡ay! doloroso.

Aquellos seis lamentos que se estendieron por los ámbitos de la habitacion, le causaron mucho efecto, porque eran tan tristes, tan dolorosos, que parecian brotar de los labios frios de un moribundo.

Cuando la extrema campanada exhaló el último gemido, Daniel respiró, sonriéndose de su asombro momentáneo.

Entonces llegó hasta sus oidos una música extraña, monótona, una de esas melodías religiosas que ejecutan las orquestas de las iglesias, especie de miserere místico debido sin duda al extraño reloj que poco antes se habia quejado como un sér viviente.

Daniel comenzó á sentir vivos deseos de conocer al dueño de aquella casa, y calculando que saldria por la puerta de la cortina de terciopelo, fijó tenazmente los ojos en aquel punto, viendo entonces que la cortina, un poco entreabierta por el centro, daba paso á un rayo de

viva luz que se destacaba sobre el fondo oscuro de la alcoba.

La curiosidad se apoderó del corazón del huérfano, y no pudiendo resistir al deseo de ver lo que ocultaba la cortina de terciopelo, avanzó en dirección á la alcoba, estendió el brazo, separó un poco la cortina, y lanzando un grito de espanto, se quedó inmóvil, trémulo y sobrecogido, sin atreverse á avanzar ni á retroceder, y con la mirada fija en el fondo de aquella alcoba que le espantaba como la sombra del rey de Dinamarca espantó á Hamlet.

¿Qué había visto Daniel, que tan terrible efecto le causaba?... ¿Por qué permanecía inmóvil como una estatua y con los ojos fijos con espanto en el fondo de aquella alcoba?... ¿Qué poder mágico le retenía en aquel sitio con la mano derecha cogida á la cortina, y la izquierda colocada sobre el pecho, como si temiera que se le escapase el corazón?...

Al hombre mas sereno, á la naturaleza mas bien templada le hubiera sucedido otro tanto. Porque Daniel había visto sobre una especie de altar enlutado una calavera blanca como el ampo de la nieve, por cuyos huecos ojos salían dos chorros de viva luz.

Aquel cráneo vacío, cuyo fondo servía de lámpara en el dormitorio del conde de la Fé, daba á la alcoba un carácter fantástico, sobrenatural.

Daniel, como si se sintiera atraído por aquellos ojos de fuego que parecían mirarle, permanecía enclavado en el mismo sitio.

Aquella calavera conservaba todos los dientes, y su blancura estremada resaltaba mas sobre el fondo oscuro de la enlutada peana que la sostenia.

Era indudable que aquel cráneo insepulto encerraba una historia, y preciso era confesar que el conde de la Fé tenia caprichos bien estraños.

La pared que servia de fondo á la calavera estaba cubierta tambien por un paño negro, y Daniel pudo ver un retrato de mujer de rara y portentosa hermosura.

Aquel retrato se sonreia con una espresion tal de refinada coquetería, miraba de un modo, que Daniel apartó los ojos de él ruborizado.

—¡Oh! ¿Quién es el dueño de esta casa?—se dijo hablando consigo mismo.—¿Qué relaciones le unian con mi madre, que tuvo bastante confianza para recomendar-me á él?

Y el huérfano, fatigado por la lucha que habia mantenido en casa del general, por el recuerdo de la hermosa Clotilde y por aquella horrible calavera que le miraba con sus ojos de fuego, se retiró de la alcoba, dejándose caer casi desfallecido en una butaca.

Se habia retirado á tiempo, porque un criado entró con un quinqué que puso sobre una mesa, y dijo:

—El señor conde va á venir.

CAPÍTULO VI.

El conde de la Fé.

Desde este momento Daniel fijó con vivo interés la mirada en la puerta por donde debía entrar el conde de la Fé.

Trascurrió un minuto y por fin se presentó en el gabinete don Fernando de Casa Val conde de la Fé.

El conde era un hombre de cincuenta y ocho á sesenta años, mas bien bajo que alto, demacrado y pálido, pero con una palidez limpia aristocrática. Tenia el pelo blanco y los ojos negros, vivos y llenos de espresion, aunque un tanto pequeños. Sus labios delgados y rectos como una sola línea, respiraban malicia y sagacidad. Su frente era despejada y un poco deprimida por las sienas, formando el conjunto general de su cabeza un todo bastante agradable.

Si el conde de la Fé hubiera llevado una peluca y un traje á La Valière se le hubiera podido tomar fácilmente por Voltaire, pues tenia algo su fisonomía de la del célebre filósofo francés.

Don Fernando vestia una bata oscura sujeta á la

cintura con bastante descuido, con un cordón de seda.

El conde entró en el gabinete, se quedó parado delante de Daniel, le examinó con detención y dijo:

—¿Es usted el hijo de Ángela Cantero, según me han dicho?

—Sí señor,—contestó Daniel saludando respetuosamente.

—¡Diablo! ¡ha crecido usted mucho!... bien es verdad que hace más de catorce años que no había visto ni á usted ni á su madre.

El conde se dejó caer en una butaca y añadió:

—Siéntese, usted tomaremos café, digo, si usted quiere.

Y dirigiendo la palabra al criado que se hallaba junto á la puerta, repuso:

—Sirvame el café, pero dame antes un tabaco... ¿fuma usted, joven?

—No, señor, no fumo.

—Lo siento porque le hubiera dado un buen cigarro; y vamos á ver cómo sigue la buena Ángela.

Daniel comenzaba á simpatizar con aquel viejo extraño. Su verbosidad le inspiraba confianza, pero al oír el nombre de su madre exhaló un suspiro y dijo:

—Mi madre ha muerto, caballero.

—¿Qué ha muerto!—repitió el conde con una entonación que demostraba el asombro que le causaba la noticia.

—Hace algunos días que he tenido la gran desgracia de quedarme huérfano en el mundo. Mi pobre madre,

antes de morir, escribió dos cartas, una para el general Lostan y otra para usted, señor conde, encargándome eficazmente que las entregara en propias manos yo mismo á las personas á quienes iban dirigidas.

—Y usted ha venido á Madrid á cumplir tan sagrada mision.

—Sí señor.

El conde fijó una mirada penetrante en el jóven y añadió:

—Supongo que habrá usted visto al general.

—Esta mañana.

—¿Y le entregó usted la carta?

—La entregué en sus propias manos.

—El general le habrá recibido á usted con muestras de cariño.

—Al contrario, señor conde, el general puede decirse que me ha arrojado de su casa.

Daniel inclinó la frente sobre el pecho, por eso sin duda no se fijó en la sonrisa satánica que asomó á los labios del conde.

—He tenido la desgracia de encontrar á ese caballero en un momento de mal humor,—añadió Daniel,—y ha ocurrido entre los dos una escena bastante desagradable, que indudablemente hubiera tenido malas consecuencias á no presentarse una hermosa jóven, que, segun supe, es hija del señor marqués del Radio.

El conde escuchaba con vivo interés al jóven huérfano sin apartar de él la mirada.

De repente los ojos del viejo aristócrata brillaron de

un modo espresivo. Una sonrisa que seria difícil definir entreabrió sus delgados labios, y llevándose la mano á la frente como si quisiera evocar algun recuerdo, se dijo, hablando consigo mismo:

—Creo que el diablo me manda lo que necesito... Vencido tres veces, ¿quién sabe si seré vencedor la cuarta? veamos si este muchacho tiene bastante energía en el corazon para secundar mis deseos. ¿Quién sabe? tal vez me sirva. ¡Oh! seria verdaderamente maravilloso realizar algunas de las ideas que bullen en mi cerebro.

Y como el criado se presentó en este momento con el servicio del café, el conde volvió á decir en voz alta:

—Coloca la bandeja encima de ese velador y vete. No olvides que hasta nueva orden no estoy en casa para nadie.

El conde sirvió con mucha calma dos tazas de café. Aproximó una á Daniel, se puso él otra delante y, agitando el oscuro líquido con la cucharilla de plata, dijo con una entonacion pausada:

—El general Lostan siempre ha sido un hombre orgulloso. Noble de nueve años, fundador de los pergaminos que con tanta vanidad ostenta, muy pocas veces se halla dispuesto á ejercer rasgos de verdadera generosidad. Su madre de usted hizo mal en recomendarle á semejante hombre. Pero creo que me habia dicho usted que la buena Ángela, antes de morir, escribió tambien para mí una carta.

—Sí, señor.

Y Daniel entregó la carta al conde de la Fé, que

éste leyó en voz baja, dejándola luego en el velador.

—Ángela me dice que si esta carta llega á mis manos, es una prueba evidente de que su hijo no tiene en el mundo mas protector que yo, y me suplica tienda á usted una mano bienhechora. La confianza que de mí hace, me obliga desde este momento á ser el protector de usted. Vamos pues á hablar con la franqueza de dos buenos amigos.

El conde tomó un sorbo de café, y como Daniel permanecía callado, continuó de este modo:

—En la sociedad que vivo, no gozo una gran fama de filántropo. Se me tacha de incrédulo, de escéptico y aun creo que de egoísta. Pero yo me ocupo poco de la murmuración de los hombres, porque en mi larga vida he encontrado siempre por cada hombre de buen sentido, cien tontos. Pero hablemos de lo que nos importa.

El conde encendió un cigarro, y como se encontraba en el uso de la palabra, añadió de este modo:

—Supongo que habrá usted estudiado algo.

—La carrera de leyes, hasta el cuarto año.

—Bien, terminará usted sus estudios y será usted un abogado.

—Es imposible, señor conde. Soy muy pobre para seguir una carrera literaria.

—Sí, ya sé yo que es usted pobre y que se ha quedado solo en el mundo, que viene á Madrid en busca de un poco de protección para crearse un puesto en esta sociedad de descreídos. Todo eso me lo dice su madre de usted en la carta; pero yo soy solo en el mundo, tengo

una fortuna que difícilmente podré devorar, aunque me proponga comer á dos carrillos, como vulgarmente se dice, y usted podrá terminar su carrera.

—No comprendo, señor conde,—contestó Daniel verdaderamente conmovido,—ó por mejor decir, no me atrevo á creer las bondadosas palabras que acaba de dirigirme.

—¡Hola! ¿me cree usted capaz de burlarme de la desgracia?

—Pido á usted perdon si con mis dudas he podido ofenderle. La desagradable escena que tuvo lugar en casa del general Lostan, amargó de un modo terrible mi corazón.

—Sí, sí, ya sé yo de lo que es capaz el señor marqués del Radio, pero no olvide usted nunca, querido jóven, que el general Lostan es un noble de ayer, que suele recordar con harta frecuencia sus plebeyas costumbres, y mis pergaminos descienden nada menos que del tiempo de las Cruzadas.

Y el conde de la Fé, soltando una carcajada que á Daniel le pareció intempestiva, volvió á decir:

—Pero no es esta ocasion de hablar á usted de un árbol genealógico. Ocupémonos solamente de lo mas importante, es decir, del porvenir de usted.

—¿Conque decididamente se halla usted dispuesto á protegerme?—preguntó Daniel como si aun dudase de dar crédito á las palabras del conde.

—Y hasta tal punto,—añadió sonriéndose de un modo satánico don Fernando,—que ha de llegar usted á creerse un personaje de las Mil y una noches.

—¡Ah! si mi buena madre se equivocó al creer en los generosos sentimientos del general Lostan, no le sucedió lo mismo con usted, cuyas palabras reaniman mi fé y hacen nacer en mi alma la bella flor de la esperanza que ya comenzaba á abandonarme.

—Lo que yo voy á hacer por usted es muy justo: mis padres se tomaron la molestia de dejarme una gran fortuna, y voy siendo ya demasiado viejo para que pueda devorarla. Además, yo queria á su madre de usted como á una hermana. En otro tiempo, cuando yo era jóven, me prestó algunos servicios de esos que no debe olvidar nunca un alma generosa: pero dejemos el pasado y ocupémonos solo del presente: usted es pobre y se halla solo en el mundo; yo soy rico y no tengo en la tierra ningun pariente directo que me herede.

Y el conde, fijando una mirada en la que podia descubrirse el deseo de leer en el fondo de la conciencia del huérfano, añadió secamente:

—¿Quiere usted ser desde este momento mi hijo?

Esta pregunta produjo en el corazon de Daniel el efecto de una descarga eléctrica.

Aquella proposicion le parecia un sueño.

¿Qué clase de relaciones habia inducido al conde de la Fé para que le dijera, quiere usted ser mi hijo?

¿Seria por ventura aquel hombre su padre?

Bastó un instante para que mil encontradas ideas se agitaran en el cerebro de Daniel.

El conde, mientras duraron los primeros momentos de confusion del jóven, permanecia mirándole y sonrién-

dose con una de esas sonrisas frías y penetrantes como la acerada punta de una espada. Sonrisa digna del Mefistófeles que nos ha pintado Goëthe, sonrisa en abierta y reñida oposicion con las palabras generosas que acababa de dirigir al huérfano.

—¡Ah, señor conde!—esclamó Daniel en un arranque de verdadero agradecimiento.—Bendito sea el instante en que pisé los umbrales de esta casa, en que, empujado por el resto de moribunda fé que quedaba en mi alma, vine á depositar en sus manos la carta de mi madre.

—Sí, sí, todo esto está muy bien y me demuestra que tiene usted algun calor en las venas; pero dispéñeme que le diga que aun no me ha contestado á la pregunta que acabo de dirigirle.

—Es que esa pregunta, señor conde, ha reanimado mi desfallecido espíritu, ha levantado en el fondo de mi alma ecos dulcísimos, haciéndome entrever un porvenir hermoso y risueño, porque usted me ha dicho que si quiero ser su hijo; yo, pobre huérfano, abandonado á mí mismo, desde el dia en que sentí brotar en mi mente la primera chispa de la razon, he buscado en vano al hombre de quien recibí el sér. Si usted supiera su nombre, si usted pudiera decirme, «ese es, arrójate en sus brazos,» agradecido á tan importante revelacion, creeria poco, para recompensarle, dar toda la sangre de mis venas, porque es imposible que usted, que conoció mi madre en otro tiempo, que usted, que con tanta generosidad me recibe y que me ofrece la alta honra de llamarme su hijo, no conozca al autor de mis dias.

Daniel pronunció las anteriores palabras con una entonación verdaderamente inspirada, pero el conde, impasible, frío y sonriendo siempre, se encogió de hombros, contestando con mucha calma:

—Efectivamente, á usted parecerá estraño que yo no conozca á su padre, pero la verdad es que no le conozco. Solo recuerdo que una vez me dijo Angela que habia emprendido un largo viaje, y que le estaba esperando con impaciencia. Desde entonces hasta ahora han trascurrido muchos años, y quién sabe si el dia menos pensado, puesto que él al partir dejó á su esposa en Horches, vuelva al pueblo y entonces se realicen los justos y legítimos deseos de usted.

Daniel exhaló un suspiro inclinando tristemente la cabeza.

—Pero mientras esto sucede,—volvió á decir el conde,—puede usted contar con mi completa proteccion, la cual no dudo aceptará, aunque desgraciadamente no pueda decirle el nombre y el paradero de su padre.

—En mi nacimiento, no me cabe duda alguna, hay un misterio que tal vez no pueda descifrar en mi vida. Acepto, señor conde, la proteccion que usted tan generosamente me ofrece, y espero probarle con el tiempo, que late en mi pecho un corazon agradecido.

—Entonces, continuaré esplanando mis proposiciones. Soy hombre que me gusta hacer las cosas con método, con claridad; así pues, tendrá usted una habitacion en mi casa: elegirá usted de mi cuadra el caballo que mas le guste, y le señalaré una pension de cuatro mil

reales mensuales para los gastos de soltero. Comerá usted en mi mesa, le tomaré á usted un abono de butaca en el Teatro Real y le presentaré á la sociedad madrileña como á un pariente mio.

Daniel se llevó las manos á los ojos, porque creía estar soñando.

—¡Cuatro mil reales al mes! ¡un caballo de silla! ¡un abono en el Teatro Real!—murmuró en voz baja.—¡Pero, Dios mio! ¿es esto un sueño ó una realidad? ¡Ah, señor conde, sería una infamia burlarse de un pobre desheredado!

El conde pareció no haber oído aquellas palabras de duda que brotaban de los labios de Daniel. Tiró del llamador de la campanilla y dijo á un criado que se presentó á la puerta:

—Que venga inmediatamente mi apoderado general. Trascurrieron tres minutos.

El conde, con la cabeza perezosamente reclinada en el respaldo de la butaca y la mirada fija en el retrato de mujer suspendido de la pared, despedía bocanadas de humo con la indolencia adormecedora de un yankee.

Daniel se apretaba las sienes con las manos, como si un ruido extraño y aturdidor trastornara su cabeza.

El apoderado general del conde de la Fé, que era un hombre alto, grave como un cuáker y vestido de negro, se presentó en el gabinete.

—Señor don Ramiro,—dijo el conde sin dejar su indolente postura,—este jóven que vé usted aquí es un sobrino mio, á quien el mal estado de su salud obligó á

permanecer muchos años en su pueblo. Hoy viene á reunirse conmigo, y voy á darle á usted las órdenes convenientes para su gobierno.

El apoderado inclinó respetuosamente la cabeza, diciendo:

—Está bien, señor.

—Primeramente,—volvió á añadir el conde,—dispondrá usted se arreglen las habitaciones necesarias, es decir, un gabinete, una sala de recibo y un cuarto para lavarse. Todos los dias uno de cada mes, entregará usted á mi sobrino cuatro mil reales, y como es preciso que tenga su guarda-ropa bien provisto, mandará usted mañana llamar á mi sastre, á mi zapatero y á mi sombrerero para que con la mayor brevedad le hagan las prendas que necesite. Dará usted órdenes al encargado de mi caballeriza para que le ponga, siempre que lo pida, bien un carruaje ó bien un caballo de silla. Y termino estas órdenes advirtiéndole á usted que quiero que á mi sobrino Daniel se le trate en esta casa como á mi misma persona. Ahora, puede usted retirarse.

CAPÍTULO VII.

Cambio de fortuna.

Daniel no podía darse razón de todo lo que oía. Estaba viendo al conde allí á su lado, con la eterna sonrisa en sus labios, escuchaba su voz, sentía el calor de su ardorosa frente cuando se llevaba á ella las manos, habia visto la fria y respetable figura del apoderado general, estaba, por fin, persuadido de que no era aquello un sueño, y sin embargo, no queria creer de que fuese una realidad.

Para el pobre huérfano el conde de la Fé era un hombre inverosímil, uno de esos tipos que solo concibe la imaginacion calenturienta de un soñador. Tan aturrido estaba, que hacia esfuerzos increíbles para buscar palabras con que demostrar su agradecimiento, pero su lengua era impotente, su voluntad un cadáver.

—Daniel,—dijo el conde después de una pausa,— puesto que desde este momento eres mi sobrino, me parece lógico que te hable de tú, y espero que no te ofenda esta franqueza hija de las circunstancias.

Daniel quiso hablar y no pudo, pero creyendo que su

silencio era ingrato hasta lo inverosímil, hizo un esfuerzo, y cayendo de rodillas á los piés del conde, se apoderó de una de sus manos, cubriéndola de besos y lágrimas, exclamando con un acento que brotaba del fondo de su alma:

—¡Madre mia! bendice tú desde el cielo á mi generoso bienhechor en la tierra.

Este grito, que exhalaba un corazón tan puro como generoso, conmovió ligeramente al impassible aristócrata.

El conde levantó cariñosamente al huérfano, le hizo sentar á su lado y dijo:

—Queda, pues, convenido que eres mi sobrino. Y ¿quién sabe? tal vez mañana seas mi heredero. Levanta pues esa frente, y el día que encuentres ante tu paso al general Lostan arrójale al rostro una sonrisa de desprecio, porque ya para nada necesitas ni su protección ni su amistad. Á los orgullosos se les humilla, se les aplasta, si es posible, como á los reptiles.

Daniel, que comenzaba á serenarse y en cuyo pecho generoso los consejos del conde de la Fé hacían despertar su odio hácia el general Lostan, dijo con una energía que hizo concebir sin duda infames esperanzas al conde:

—Yo juro por el amor y respeto que profesé á mi madre, que algun día se arrepentirá el marqués del Radio de la humillación que hoy hizo sufrir al pobre huérfano que llegó á su casa á pedirle un poco de protección.

—En cuanto á eso, si te empeñas, nada mas fácil, porque desde mañana, querido sobrino, comenzaré á relacionarte con la alta sociedad de Madrid. ¡Oh! ¡hay mucho que estudiar en ella! Pero yo me rio del asombro,—añadió el conde dando á su acento una entonacion familiar,—que vas á causar al orgulloso general Lostan cuando te vea galopar en la Fuente Castellana junto á su coche y dirigir á su encantadora hija miradas amorosas, porque yo supongo que te habrá gustado Clotilde. Es indudablemente la jóven mas hermosa de Madrid. Pero voy á darte un consejo. La sociedad donde vas á entrar muy en breve, es nueva y desconocida para tí; procura siempre cautivar corazones sin que quede el tuyo cautivo nunca, porque, querido Daniel, todas las mujeres del mundo no valen la pena de que un hombre pierda el apetito por ellas. La mujer estudia con el diablo para engañar y burlarse del hombre; la mayor parte de esas sonrisas que nos aturden cuando brotan de unos labios seductores, son tan engañosas como el cebo que coloca el pescador en la punta del anzuelo para coger el pez. Entre las muchas tonterías que yo he cometido en esta vida, confieso que he hecho una cosa en la que he demostrado tener algun talento: quedarme soltero. Pero no quiero fatigar tu imaginacion. Termino esta entrevista diciéndote que no solo me constituyo en tu protector, sino que seré además tu consejero. Solo te exijo que no me ocultes nunca las impresiones de tu alma. El dia que pase una mujer ante tus ojos y se apodere de tu corazón, ven á decírmelo, porque me precio

de hombre práctico en esa materia y podré decirte algo que te convenga para sacudir la tiranía de una mirada, la falsedad de una sonrisa y el engaño de una palabra.

—Juro á usted, señor conde, no tener nunca secretos para usted.

—Llámame desde hoy querido tío; eso suena mas dulcemente á mis oídos. Ahora hablemos de otra cosa: ¿qué piensas hacer esta noche?

—¿Lo sé yo por ventura? Haré lo que usted me mande, lo que usted quiera.

—¿Tienes casa en Madrid?

—Sí, señor, me he hospedado en la calle Ancha de San Bernardo.

—Pues bien, duerme allí esta noche. Mañana temprano te dispondrán tus habitaciones. Además, comprendo que necesitarás estar solo, pero no olvides que mañana á las once te espero para que almorcemos juntos.

—No faltaré.

—¿Necesitas dinero?

—Aun conservo las pobres economías que heredé de mi madre.

—Entonces, retírate á descansar y hasta mañana.

—Quisiera pedir un favor al señor conde.

—¿Y qué te detiene?

—El temor de molestar al hombre mas bondadoso de la tierra.

—Habla.

—Cuando esta mañana me presenté en casa del ge-

neral Lostan á entregarle la carta de mi madre, viendo el poco caso que hacia de su recomendacion, le pedí que me devolviera aquel escrito, y el general, en vez de complacerme, lo arrojó al fuego, como si temiese que yo me enterara de su contenido.

—¡Hola, hola! ¿Conque eso hizo el bueno del marqués del Radio?

—Sí, eso hizo, y yo, creyendo que aquella carta podría descubrir el nombre de mi padre, me dirigí precipitadamente á la chimenea para arrancarla del fuego que comenzaba á consumirla: el general se interpuso en mi camino, y entonces se entabló entre los dos una lucha que hubiera indudablemente tenido funestas consecuencias á no haberse presentado su hija Clotilde, como he tenido el gusto de decir á usted antes.

—De lo que resulta que el general Lostan y el huérfano Daniel fueron á las manos; pero no debe esperarse menos del marqués del Radio. Mas sepamos qué es lo que querias.

—Leer la carta que mi madre ha dirigido á usted.

—¿Ignoras tú su contenido?

—Mi madre me prohibió que leyera en particular la del general Lostan.

—Pues bien, la mia allá está encima del velador, puedes leerla cuando gustes.

Daniel cogió precipitadamente la carta como si creyera encontrar en ella la revelacion del secreto que tanto le preocupaba, pero su contenido le dejó en las mismas dudas. Decia así:

«Señor conde de la Fé:—próxima á exhalar el último suspiro, agobiada bajo el peso de una enfermedad mortal y luchando entre la vida y la muerte, escribo á usted estas líneas con la esperanza de que, si no ha olvidado mi nombre, acogerá á mi pobre Daniel, al hijo querido de mis entrañas, á la mitad de mi vida, que, huérfano y solo despues de mi muerte, solo usted puede hacerle menos amarga y triste su vida prestándole su generosa y noble proteccion.

»Escribo tambien al general Lostan recomendándole á mi hijo, pero dudo mucho que mi súplica sea atendida. Pero ¿quién sabe? tal vez me engañó, y Dios, apiadado de mis sufrimientos, proteja á mi hijo haciendo nacer las fuentes de la ternura y la compasion en el pecho de los hombres á quienes lo recomiendo.

»Cuando esta carta llegue á las manos de usted, señor conde, será una prueba evidente de que el general Lostan ha cerrado las puertas de su casa á mi hijo. Sea usted pues su protector, su consejero, su ángel bueno, y yo, desde la ignorada mansion de los justos, donde espero que por mis dolores y sufrimientos se eleve mi alma, rogaré á Dios para que derrame sobre usted todas las felicidades.

»Bendito sea usted, señor conde, si el pobre huérfano que le recomiendo encuentra en el conde de la Fé un hombre bueno y generoso que le sirva de padre, ya que ha tenido la desgracia de no conocer á aquel á quien le debe la existencia.

»Su respetuosa amiga,—Ángela Cantero.»

Al terminar la lectura de la carta, los ojos de Daniel se hallaban llenos de lágrimas.

La dejó sobre la mesa, enjugóse los ojos y se levantó.

—Ahora, señor conde, aunque el origen de mi nacimiento queda en la misma profunda oscuridad, conozco que es usted un hombre generoso y espero no darle nunca motivo para que se arrepienta de los favores que se halle dispuesto á prestarme.

—¡Bah! no hablemos de eso, querido Daniel, descansa esta noche, duerme tranquilo y disponte á disfrutar de una vida que espero no carecerá de goces y de encantos para tí.

Un momento despues Daniel se encontraba en la calle.

El viento frio de la noche, al orear su frente, despejó el confuso tropel de ideas que bullian en su mente.

Le habian sucedido tantas cosas en tan pocas horas, que ni él mismo hubiera podido darse cuenta de la agitada historia de aquel dia.

Daniel se habia olvidado hasta de comer, pero tenia una naturaleza robusta y no sintió en el estómago la menor molestia ni el mas ligero malestar.

Entre todos los ofrecimientos que acababa de hacerle el conde y que tan pronto debian convertirse en realidades, el que mas halagaba su corazon era tener un caballo para ir á la Fuente Castellana, donde indudablemente encontraria á Clotilde, que al verle galopar junto á su carruaje, no podria menos de asombrarse de su rápida elevacion.

El huérfano se encontró en la Puerta del Sol sin saber cómo. Los transeuntes le empujaban, pero él no se apercibía de nada. Toda su vida se hallaba reconcentrada en su cerebro. ¿Qué le importaba á él los miles de séres que en todas direcciones cruzan la Puerta del Sol á las ocho de la noche?

Cuando se tiene un mundo de ideas en la mente, nada existe en derredor nuestro, porque la calentura del pensamiento apaga el necio clamoreo de los hombres que se revuelven á nuestro alrededor.

Daniel, sin embargo, recordó que le habia ofrecido á Julio de Monforte, que iria á verle aquella noche, y se encaminó á su casa.

Julio era un buen amigo de Daniel, se lo habia demostrado muchas veces, y la juventud, siempre impresionable, necesita, para vivir, de la amistad y del cariño.

—Sí, sí,—se decia el huérfano...—la familia de Julio se alegrará mucho al saber que he encontrado un protector en el conde de la Fé.

Daniel avivó el paso, tenia necesidad de hablar con su amigo, de contarle todo lo que le habia sucedido.

Pero esto, segun cálculo, es cuestion de otro capítulo.

CAPÍTULO VIII.

Una noche sin sueño.

Nada tan bello como el sol despues de la tempestad. Nada tan hermoso como la vida despues de una de esas largas enfermedades en que se ha visto de cerca la muerte.

La pobre familia que ha pasado en una buhardilla tristes noches sin pan, durmiendo sobre una dura cama, con el alma falta de fe y el corazon pobre de esperanzas, y debido á un brusco cambio de la fortuna, mejora de posicion poco á poco y empieza á entrever en lontananza un porvenir mas risueño, indudablemente el sol le parece mas bello y la existencia mas encantadora.

En la escala social, subir es menos fatigoso que bajar.

Solo se comprende de un modo positivo lo que se conoce profundamente.

¿Cómo es posible que aprecie el valor de un duro el que al nacer le envuelven en pañales de Holanda y llega á la ancianidad rodeado de lujo, de bienestar y de abundancia?

¿Cómo es posible apreciar la dolorosa calentura del

hambre cuando se ha tenido siempre una espléndida mesa para saciar el apetito?

Doña Amparo y sus hijos habian apurado el cáliz de la amargura en los estrechos y reducidos ámbitos de una buhardilla.

Bajo su techo desnivelado y agobiador, los ojos de aquellos tres mártires del infortunio habian derramado muchas lágrimas, pero en el instante que Julio, con el rostro radiante de alegría, se presentó en su casa con una credencial en la mano, el cambio de aquella honrada familia fué completo, verdaderamente mágico y solo comparable con la del náufrago á quien las olas arrojan sobre una playa bienhechora despues de haber luchado por algun tiempo entre la vida y la muerte.

Julio alquiló un modesto cuarto segundo en la calle de la Magdalena, compró algunos muebles comprometiéndose á pagarlos á plazos, alquiló un piano que, aunque estaba muy lejos de parecerse al Steinway que la desgracia les habia obligado á vender, causó grande alegría á Blanca.

Doña Amparo solia decir á su hijo:

—Si tenemos la fortuna de que no te dejen cesante en cuatro ó cinco años, durante ese tiempo puedes concluir tu carrera y la miseria no volverá á llamar á nuestras puertas.

Pero en España, país de las anomalías y de las inseguridades, por bueno, por inteligente, por útil que sea un empleado, tiene siempre el cese de su destino suspendido sobre la cabeza.

La noche que nos ocupa, doña Amparo, Blanca y Julio se hallaban sentados alrededor de la mesa en el comedor de su nueva casa.

La comida habia tocado á su fin, cuando la campañilla les anunció una visita.

—¿Quién podrá ser? ¿Viene tan poca gente á visitarnos?—dijo doña Amparo.

—De seguro que es Daniel,—contestó Julio levantándose.

Y efectivamente, era Daniel, que cumpliéndole la palabra á su amigo, iba á darle cuenta de los acontecimientos del día.

Julio condujo á su amigo al comedor, donde su madre y su hermana le recibieron demostrándole el cariño que le profesaban.

Durante algunos minutos la conversacion recayó sobre la pobre mártir que ya no existia, y como el recuerdo de su madre causaba mucha pena á Daniel, Julio dijo:

—No hablemos de muertos y danos cuenta del resultado que han tenido las dos cartas de que me hablaste esta mañana.

—¡Ah! querido Julio, comenzaré por decirte que el hombre en cuya generosidad tanta confianza tenias, que tu protector, el general Lostan, ha estado á punto de arrojar me por uno de los balcones de su casa.

Aunque Daniel pronunció estas palabras con la sonrisa en los labios, causaron gran efecto á los que le rodeaban.

—¿Dices de veras eso?—le preguntó Julio.

—El general, amigo Julio, es un hombre de carácter irascible, á quien sin duda he tenido la desgracia de encontrar en un momento de mal humor. Comenzó por recibirme con bastante frialdad, leyó la carta que para él me habia dado mi madre, y me ofreció con mal humorado acento recomendarme á sus amigos. Te confieso que yo esperaba algo mas de ese señor, pero convencido hasta la evidencia de que no hará nada por mí, estoy firmemente resuelto á no verle ni molestarle mas. Debo, sin embargo, hacer una escepcion en favor de su hija.

—¡Ah! ¿viste á Clotilde?—volvió á preguntar Julio con marcado interés.

—Sí, se presentó en el despacho de su padre, y sin conocerme, guiada solo por su bello corazon, que debe ser el de un ángel, intercedió por mí.

—Entonces te doy la enhorabuena anticipadamente.

—Puedes dársela con seguridad,—dijo á su vez Blanca,—porque si Clotilde toma á Daniel bajo su proteccion; antes de quince dias logrará de su padre un destino...

—Que yo no admitiria,—repuso Daniel interrumpiendo á la jóven,—aunque en ese destino se me nombrase gobernador de Madrid ó Consejero de Estado.

—¡Cómo! ¿Tendrias valor para rechazar una credencial que asegurara tu presente?

—¿Y por qué no, si no la necesito para nada?

—Recuerdo que esta mañana me decias lo contrario.

—Es que esta mañana era pobre, y ahora soy rico,—contestó sonriéndose Daniel.

LAS

FABULAS DE ESOPPO

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE TERENO, AVIANO, ALIO CELSO, ETC.

Precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula y de notas explicativas sobre los dichos Autores

POR EDUARDO DE MIYER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 80 entregas, repartidos en todas las que se indican en este número.

Cada entrega consistirá de 8 páginas en folio, perfectamente impresas y encuadernadas a pica de una línea tirada aparte.

Para que nuestro libro tenga las condiciones de un verdadero publicación literaria, contendrá un considerable número de viñetas, representando las principales escenas de las fábulas más conocidas.

A fin de proporcionar tan magnífica obra, el precio de cada entrega se fijó en el de UN REAL, en toda España.

OBRA EN PUBLICACION.

LA CARCALADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HINO.)

Novela de costumbres.

EN AUTOR.

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANA.

A UN CUARTILLO de real la entrega.

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS
FÁBULAS DE ESOPPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas **60** entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en fôleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reúna las condiciones de una verdadera publicación ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de **UN REAL** en toda España.

OBRA EN PUBLICACION.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustración de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

A UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramírez y C.^o